

Parte II: La redención del corazón

Capítulo 5: Un corazón herido: la fragilidad del amor

El agua fluye montaña abajo; su propio peso conduce la corriente al océano. «¿Qué me dices, arroyo de montaña? / ¿En qué lugar te encuentras conmigo?». Estas preguntas se refieren a la ruta del hombre por el mundo, tan distinta de la que siguen las demás criaturas sobre la tierra. Como dice San Agustín, «un cuerpo tiende, por su propio peso, a moverse hacia su lugar propio [...] El agua vertida sobre el aceite se hunde para quedarse debajo [...] Los líquidos actúan según sus propias densidades y buscan así su sitio [...] Mi peso es el amor. Allí donde soy yo llevado, es mi amor el que me lleva». He aquí el peso del hombre, lo que le arrastra y mueve: el amor es mi peso. El amor, cuando nos lo encontramos, hace nacer en nosotros el asombro, nos abre horizontes insospechados hacia los que nos propulsa.

Pero, ¿está el camino libre de riesgos? ¿Puede recorrerse sin preocupaciones, igual que se desliza la corriente montaña abajo, segura de arribar a su meta? Escuchemos a Karol Wojtyła, que nos hace hablar así a Adán, símbolo de todo hombre:

Me di cuenta de dónde arranca y hasta donde llega el amor humano y qué tajos tan abruptos tiene. Quien resbala por un precipicio así, difícilmente puede volver a remontarla y queda allá abajo, caminando a solas por su propio camino.

El hombre conoce bien estos precipicios que flanquean el camino del amor humano. Todo parece muy fácil cuando se comienza, y los sentimientos indican qué ruta seguir. El amor se le aparece entonces como algo sencillo y claro, «un cántico entonado / por todas las cuerdas de nuestro corazón». Solo más tarde se asoman los problemas: se aprende a conocer la fragilidad propia y la fragilidad de la persona amada. «Luego las cuerdas empezaron a callar» y los amantes se ven «cada vez más alejados / del sabor puro del entusiasmo». Llegados a este punto, ¿es posible todavía continuar caminando por la ruta del amor? ¿O es su luz como los fuegos de artificio, que iluminan por un instante la noche pero son incapaces de ofrecer calor y luz? Nadie se aventuraría en la noche por una senda desconocida si tuviese a mano solo unos cuantos cohetes, de luces bellas pero de breve duración. ¿Qué podemos decir entonces sobre esta promesa grandiosa del amor, que aparecía tan rica en posibilidades?

Para descifrar la música del amor, que está en el nacimiento del camino del hombre, hemos de atender a otras voces que resuenan también en su interior. Se trata más bien de ruidos que interfieren con la melodía original. En su novela *La perla*, John Steinbeck nos describe la vida de una familia pobre de pescadores. Para ello habla de diferentes músicas, que el joven protagonista es capaz de percibir según el momento que vive. Está la canción de la familia, en que el hombre se alegra de su casa, de su mujer y su hijo; y está la canción del trabajo, llena de notas firmes, que reflejan energía y esfuerzo. Pero hay también otras melodías, que aparecen cuando su familia se ve amenazada: la canción de la muerte, del peligro súbito, del temor a perderlo todo. Pues bien, algo así ocurre en toda experiencia humana: junto con la canción del don y la canción de la familia, escuchamos también los ruidos de la ruptura, del extravío, del pecado, que quieren encubrir la llamada al amor. Tenemos que prestar atención a estos sonidos desafinados, pues solo el que es consciente de los peligros del camino será capaz de llegar a la meta.

En *El taller del orfebre* Ana describe una grieta que está creciendo entre ella y Esteban, su marido. Se trata de «la grieta de nuestro amor, que yo sentía ya de modo tan doloroso»:

No podía resignarme,
Ni sabía tampoco cómo evitar

la aparición de la primera grieta
(sus bordes de momento se mantenían inmóviles,
pero a cada instante podían separarse
todavía más).

Esta grieta, como veremos, se abre y ramifica por los distintos ámbitos de nuestra vida. Es una fuerza que intenta separar todo lo que el amor ha unido: el ser humano de su Creador, la mujer del hombre, los padres de los hijos, el alma del cuerpo. Las paredes del amor, sobre las que hemos querido construir la casa de la felicidad, se vuelven frágiles. ¿Será posible a pesar de todo edificar sobre ellas una morada duradera? Tratemos de describir las distintas ramas de esta grieta que amenaza la estructura del edificio. Lo que la Biblia nos revela de su ruptura será luz para nuestra propia experiencia, cuando atraviese las regiones del desencanto y la fragilidad.

Un abismo empieza a abrirse entre Dios y el hombre

Estos ruidos de que hemos hablado, ruidos que suenan dentro de nosotros y nos impiden escuchar la sinfonía del amor, los relaciona el Apóstol Juan con la concupiscencia. Es la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, el orgullo de la vida (cf. 1 Jn 2,16). Se trata de voces que no vienen del Padre, sino del mundo (cf. 1 Jn 2,17). Ahora bien, ¿no hemos dicho que el mundo entero ha sido creado por Dios y que el Creador vio que todas las cosas eran buenas? ¿Por qué entonces esta diferencia entre lo que viene del Padre y lo que procede del mundo? Para responder hemos de volver al Génesis, a ese punto en que la alianza con el Padre se quiebra por vez primera en el corazón del hombre.

La grieta que recorre las paredes del amor humano se originó porque Adán y Eva quisieron cortar los lazos que les unían a Dios, fuente de todo bien. En efecto, la tentación de la serpiente consistió en desconfiar de la bondad divina. «¿Cómo es que Dios os ha dicho: “No comáis de ninguno de los árboles del jardín”?» (Gén 3, 1). Hay una mentira descarada en esta pregunta: Dios no prohibió al hombre comer de todos los árboles, sino solo de uno. Lo que sobreabunda, más bien, es la benevolencia de Dios: el Creador regaló al hombre el resto de los árboles para que se alimentara y gozara de salud. Este don primero nos permite entender el sentido de la prohibición, y no al revés. Pero en boca de la serpiente Dios aparece como alguien que impide al hombre alcanzar la vida verdadera, envidioso de su felicidad. La pregunta que suscita el tentador se refiere, por tanto, al amor divino: ¿ama Él realmente al hombre?

«Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: “No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte”» (Gén 3,2-3). Eva parece corregir las palabras de la serpiente. Pero, en realidad, ha aceptado ya, en cierto modo, su mensaje de desconfianza. Dos detalles lo muestran. Primero, Dios no había prohibido al hombre tocar el árbol; solamente comer de él. Estas palabras exageran el mandato divino: parece que Dios vigilara para atrapar al hombre por sorpresa, aprovechando un mero descuido. Pero, sobre todo, Dios no había prohibido a Adán y Eva comer del árbol que está en medio del jardín, es decir, del árbol de la vida, sino del árbol del conocimiento del bien y del mal. Estos dos árboles son diferentes, según el relato bíblico (cf. Gén 2,9). El árbol de la vida simboliza el regalo de Dios: Adán y Eva poseían la vida para siempre a condición de que aprendieran a recibirla como un don de su Padre. Por el contrario, el árbol del conocimiento del bien y el mal representa la independencia y autonomía. Comer de él es determinar por uno mismo el sentido de la vida, lo bueno y lo malo. Quiere decir que uno se hace autosuficiente, como un arroyo que creyera no necesitar ya del manantial. Se trata de un trágico espejismo: la corriente pronto se secará; el fruto de este árbol, al separar al hombre de su Padre, traerá consigo enfermedad y muerte.

Ahora entendemos en que consiste la tentación. Se nubla la visión de Eva, que identifica ahora los dos árboles, confundiendo uno con el otro. Es decir: piensa que la vida solo es posible si puede determinar por sí misma lo que es bueno y malo. Vivir merece la pena solo cuando soy independiente, autónomo. Como consecuencia, el mandato de Dios me niega la propia felicidad y plenitud. ¿Cómo puede ser bueno un Creador tan envidioso de la felicidad del hombre?

Podemos llamar al pecado original de Adán y Eva una negación del Padre. Los primeros hombres sucumben a la tentación de pensar que Dios no se encuentra en el origen de su vida y su mundo. Se trata de un Dios distante que disfruta su omnipotencia y quiere guardársela para sí. De este modo, para ser igual a Dios, uno tiene que aislarse en sí mismo. Así habla Adán en la obra de Wojtyła *Esplendor de paternidad*:

«Él está solo –pensaba yo–. ¿Y qué es lo que me hará más parecido a Él, es decir, independiente de toda cosa? ¡Ah, situarme por encima de todo, para quedarme sólo en mí mismo! Entonces es cuando estaré más cerca de ti».

A partir de este momento, entra en escena la duda, la desconfianza. Adán y Eva se preguntan: ¿es el mundo realmente un don, un regalo? ¿No será mejor apropiárselo para uno mismo y dominarlo, para extraerle todo su fruto? Y así, antes de que el hombre sea arrojado del Paraíso, él mismo ya ha arrojado al Creador de su corazón:

Poniendo en duda, en su corazón, el significado más profundo de la donación, es decir, el amor como motivo específico de la creación y de la Alianza originaria (cf. en particular Gén 3, 5), el hombre vuelve la espalda al Dios-Amor, al «Padre». En cierto sentido lo expulsa de su corazón.

Dicen que en Polonia, cuando se pregunta a un niño pequeño cómo se llama, el chaval apunta con el dedo a su casa. Es que la casa es el lugar donde se siente acogido, el sitio donde reconoce quién es. Pues bien, podemos decir que, después del pecado, Adán y Eva pierden su casa. Al dejar el Paraíso abandonan la percepción de que todo el mundo era un hogar. Entendemos por qué, siguiendo la primera carta de San Juan (1 Jn 2, 16), Juan Pablo II puede hablar de una voz insidiosa que no viene del Padre, sino del mundo. Lo que ha ocurrido es que el hombre ha separado el mundo del Padre, ha dejado de entender que toda la creación era un regalo de Dios. Y ahora el mundo no se recibe ya como un don, sino como posesión que hay que guardar celosamente. De pronto, el hombre se descubre rodeado de objetos sin nombre ni rostro. Habrá de medirse a sí mismo de acuerdo con las cosas, alejado ya de la referencia al Padre.

Es ahora cuando aparece esta nueva voz que el apóstol Juan llama concupiscencia. Es una voz que surge en el corazón humano e intenta convencerle de la ausencia del don. Se convierte así en una fuerza que inclina al hombre a comportarse como si el mundo no fuese un hogar acogedor; como si las cosas no le fuesen regaladas por su Padre. Las consecuencias de este olvido serán muy graves. Pues ya sabemos que el movimiento del don es lo que da unidad a nuestra vida entera: nos explica nuestro origen, nos sitúa en el mundo presente, nos descubre la meta final del camino. Por eso esta grieta que separa al hombre de Dios, al hacer desaparecer la conciencia de sus dones, tenderá a fracturar todo aspecto de la vida humana, como hemos de ver enseguida.

El cuerpo: el hogar que se transforma en prisión

Todos hemos visto alguna vez uno de esos circuitos fabricados con piezas de dominó: cuando la primera ficha cae, precipita, una tras otra, a todas las demás. Pues bien, algo parecido ocurre ahora: al empujar la primera pieza, la que une al hombre con su Padre, van a ir cayendo las siguientes. Y en primer lugar: el rechazo de la conciencia de los dones del Padre cambia la visión de nuestro propio yo, precisamente en lo que se refiere al cuerpo.

Es importante recordar que el cuerpo es la forma en que estamos en el mundo, el modo como nos sumergimos en la realidad y participamos en ella. Estar en el cuerpo significa aceptar que somos

vulnerables y dependientes; pero también que, gracias a esto, podemos crecer más allá de nuestras propias fronteras. En el cuerpo aprendemos, por ejemplo, que procedemos de otros, que no nos hemos dado la existencia a nosotros mismos. En el cuerpo descubrimos que hemos heredado todo lo que tenemos. Por eso, entender el lenguaje del cuerpo hace brotar en nosotros la gratitud: descubrimos que nuestra existencia es un regalo. Dice así Juan Pablo II: « Esto es el cuerpo: testigo de la creación como un don fundamental y, por tanto, testigo del Amor como manantial del que ha nacido este mismo donar ».

Por eso es imposible separar estas dos cosas: el significado de nuestro cuerpo y la conciencia de nuestra vida como un don. Si no aceptamos nuestra vida en el cuerpo, si no aprendemos a descifrar su lenguaje, entonces el mundo no puede ser recibido como un don. Retengamos esta idea y volvamos ahora al primer pecado de Adán y Eva. Los dos quieren negar el don, rechazar que Dios es su Creador y Padre. Por tanto, los dos habrán de silenciar el cuerpo, conseguir que no siga recordándoles que viven inmersos en ese don primero.

Es decir, a partir de ahora el hombre, para no escuchar el lenguaje del don, tratará de manipular el lenguaje de su propio cuerpo. Y así, muchos hombres aceptan hoy el cuerpo solo en la medida en que produce placer; y lo rechazan si se convierte en fuente de dolor y en un aparente obstáculo para la satisfacción de sus deseos. Desde esta perspectiva el cuerpo no se vive como lugar abierto al amor, como forma de estar en relación con los otros hombres y con Dios. Al contrario, se ha convertido en una prisión que impide la verdadera libertad: parece que el cuerpo nos limita, que nos impide acelerar el ritmo de nuestra vida, movernos a otros sitios con mayor rapidez, vivir una vida más larga, disfrutar de experiencias distintas... El cuerpo no es ya, como ha dicho el Papa Benedicto, la región de la libertad, sino más bien nuestra celda en la gran cárcel del mundo. El Génesis expresa esta nueva conciencia del cuerpo cuando narra que Adán y Eva descubrieron su desnudez:

Las palabras «he tenido miedo porque estoy desnudo, y me he escondido» (Gén 3, 10) testimonian un cambio radical [...] El hombre pierde, de algún modo, la certeza originaria de la «imagen de Dios»

«Tuve miedo», dice el hombre cuando Dios le pregunta dónde está. La relación con el Padre ha desaparecido; ahora el hombre, al mirar a Dios, ve a alguien que inspira temor. Esta primera ficha de dominó hace caer la segunda: Adán pierde la armonía con su propio cuerpo, pues renuncia a tratarlo como la obra y el don de Dios. Y enseguida viene la ficha tercera: al no escuchar el lenguaje del cuerpo se transforma nuestra visión del mundo. El hombre ya no vive en la tierra como en su propia casa, donde se encuentra a gusto y protegido. Aparece, por el contrario, el miedo ante un mundo lleno de amenazas. Desaparecida la certeza de que la imagen de Dios está impresa en su cuerpo, el hombre «pierde también en cierto modo el sentido de su derecho a participar en la percepción del mundo, del cual gozaba en el misterio de la creación. [...] Las palabras de Gén 3, 10: “He tenido miedo, porque estoy desnudo, y me he escondido” confirman el derrumbamiento de la aceptación originaria del cuerpo como signo de la persona en el mundo visible».

Es decir, cuando nuestro cuerpo nos resulta extraño, también el mundo que nos rodea se revuelve contra nosotros. Juan Pablo II habla, a este respecto, de una «vergüenza cósmica»: la vergüenza que Adán y Eva descubren cuando pecan no se refiere solo a ellos dos, sino a todo el universo. Ahora el hombre se siente fuera de lugar en el mundo, sin defensas, cargado de inseguridad «frente a los procesos de la naturaleza que operan con un determinismo inevitable». Como ocurre con el cuerpo, el mundo se convierte en un lugar peligroso, y deja de ser una morada. De acuerdo con esto, el hombre entenderá su dominio sobre la creación, no en términos de amor y cuidado responsable, sino según la lógica de la tiranía y la explotación, del modo en que uno reacciona ante un enemigo que ha de ser subyugado.

La aceptación originaria del cuerpo era, en cierto sentido, la base de la aceptación de todo el mundo visible. Y, a su vez, era para el hombre garantía de su dominio sobre el mundo, sobre la tierra, que habría debido someter (cf. Gén 1,28).

Una grieta en el interior mismo del hombre

Empezamos a ver cómo el hombre, separado de Dios, pierde la posibilidad de encontrar una casa. Y es que, como dice Juan Pablo II, el Creador es «el lugar de la totalidad, el hogar de todos los encuentros y de todos los hombres. Fuera de este sitio, son hombres sin hogar». El mundo, por tanto, ya no recibe al hombre: ¿dónde podremos escondernos, una vez que dejamos a Dios de lado? «¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu, / a dónde podré huir de tu rostro?» (Sal 139, 7). Sentimos entonces la tentación de recluirnos en nosotros mismos. ¿Tendrá el hombre alguna opción de aislarse en su propia ciudadela para buscar refugio de esta relación rota con Dios; para definir su propia identidad sin relación con el Creador?

Pues bien, la tragedia del hombre consiste en que ni siquiera dentro de sí puede encontrar un lugar para huir. En efecto, el Salmo que acabamos de citar continúa: «Mi alma conocías cabalmente / y mis huesos no se te ocultaban» (Sal 139, 15). Ni siquiera reclusión en sí mismo puede el hombre alejarse de Dios. Y es que la grieta que le separa de Dios atraviesa su propio ser. Como el centro de su vida consiste en una respuesta al Padre, al negar su presencia ha quedado roto por dentro. A cualquier lugar que vaya lleva ya la herida de la separación de Dios. Un ejemplo es, de nuevo, la relación con el propio cuerpo. Alejarse del Creador significa, a la vez, negar el vínculo entre el cuerpo y el don, entender el cuerpo como un objeto que puedo usar o manipular. Pero el cuerpo no es una mera posesión o instrumento: como hemos visto, hay que decir: yo soy mi cuerpo. Por eso, separarme de mi cuerpo es separarme de mí mismo, convertirme en un ser fragmentado.

Podríamos decir, entonces, que esta grieta que separa al hombre de Dios llega hasta el punto más profundo de su ser, hasta el corazón. Con esta palabra nos referimos al centro de la persona; un centro que es, no lo olvidemos, la relación con Dios y con los prójimos. Lo más profundo que hay en el hombre es, a la vez, lo que alcanza más allá de él, el amor que le une a los demás y al Padre. Podemos decir, también, que el corazón es lo que nos permite entender el lenguaje del cuerpo: la persona que tiene corazón sabe que está abierta al mundo, en relación con los otros y con Dios; el corazón nos revela que el cuerpo es el lugar donde se manifiesta el amor; tener buen corazón es saber expresar el amor en el propio cuerpo. Por eso, siempre que se oscurece el sentido del cuerpo, se causa una división en el corazón del hombre. Y una vez que el hombre se encuentra dividido en su corazón, en su centro íntimo, ya no es capaz de querer nada con todo su ser; se enzarza en una lucha sin tregua consigo mismo. San Agustín lo expresó con vigor: «Estaba en conflicto conmigo mismo, separado de mí mismo». Y en otro lugar: «¡Qué terrible el destino del alma precipitada que alimentó la esperanza de que, tras partir de Ti, podría encontrar algo mejor! Vuelta de un lado y del otro, de espaldas, de lado, boca arriba [...] Todas las posiciones son incómodas, porque Tú solo eres reposo».

Esta herida que el hombre ha infligido en su propio corazón genera lo que Juan Pablo II llama «vergüenza inmanente», es decir, una vergüenza dentro del mismo hombre. En su obra *Esplendor de paternidad* uno de los personajes la describe así:

¡Oh, Adán! [...] Los hombres que nacen de él yacen en tinieblas interiores. No esperan. [...] Cúbrense por fuera con la inmensa riqueza de la creación y de sus propias obras, pero están desnudos por dentro. Les queda sólo la vergüenza. Por eso huyen y gritan: «Me escondí, porque estaba desnudo».

«Por dentro, están desnudos»: Estas palabras condensan el sentido de la vergüenza inmanente (o interior) que surge cuando al hombre se le hace extraño el propio cuerpo, los propios

sentimientos y deseos. Se siente desnudo por dentro porque no puede controlar sus propias reacciones ante el mundo, reacciones que están muchas veces fuera de sintonía con su dignidad. Sus impulsos constriñen la libertad, poniendo en peligro el dominio propio, que le permitiría estar en paz consigo mismo:

El cuerpo que no está sometido al espíritu como en el estado de la inocencia originaria lleva en sí un constante foco de resistencia al espíritu, y amenaza, de algún modo, la unidad del hombre-persona, es decir, de la naturaleza moral que hunde sólidamente sus raíces en la misma constitución de la persona. La concupiscencia, y en particular la concupiscencia del cuerpo, es una amenaza específica a la estructura de la autoposesión y del autodomínio.

Esta vergüenza interior provoca, a su vez, otra grieta en el edificio del amor humano. Recordemos de nuevo las fichas de dominó: cada pieza hace caer la siguiente. Por eso, al desaparecer la unidad con uno mismo, va a romperse también la unidad con los prójimos. Antes del pecado, la presencia de Eva descubría a Adán una llamada al amor. Después del primer pecado, sin embargo, el hombre y la mujer se encuentran en un mundo que ya no experimentan como regalo del Creador. Reacios a recibirse a sí mismos de las manos de Dios, ya no están tampoco en total posesión de sí mismos. ¿Cómo, entonces, podrán entregarse a la otra persona? La cosa es imposible: nadie da lo que no tiene. Ha ocurrido que la pérdida de la conciencia de un dador primordial no solo rompe al hombre por dentro: impide también que se abra a los otros.

La grieta que separa a hombre y mujer

El cuerpo es el lugar de encuentro entre Adán y Eva: «Esta es carne de mi carne», dice el primer hombre a la vista de la primera mujer. El amor mutuo les revelaba a la vez que ambos eran dones del Creador, confiados por Dios el uno al otro. ¿Qué ocurre después del pecado? Ahora han tratado de olvidar al dador originario y, así, han perdido la armonía con su propio cuerpo, que era su forma de presencia y apertura al mundo. Por eso se verá afectada también la unidad entre los dos: hombre y mujer, que ya no perciben el mundo como en un hogar, hallan obstáculos en su intento de construir el hogar común de su amor. Tratemos de analizar este proceso.

a) El amor esponsal, separado de la fuente primera del amor

La primera consecuencia del pecado es separar el amor de los esposos del amor del dador originario, que es Dios mismo. En lo más profundo de su relación, llena hasta ahora de confianza hacia el Creador, nace de pronto la duda, nace el miedo ante Dios. Aparece, por tanto, la tentación de alejar de Dios su amor mutuo. El resultado es que ambos amantes se centran exclusivamente en sí mismos. Convierten su relación en un ídolo que ya no se refiere a la fuente primera de todo bien. Es la pareja que se hace el centro del universo y piensa que se basta a sí misma para alcanzar la felicidad. Los amantes, aislados de la fuente del amor, se aíslan a su vez del resto del mundo. Si al principio eran ambos ayuda adecuada para el otro en su búsqueda común del Padre, Adán y Eva prefieren ahora encerrarse en una burbuja en que solo tienen ojos para el otro. Como dice uno de los personajes de *El taller del orfebre*: «No sientes la fuente, pero la llama te consume». Ya no se bebe del agua clara de la fuente; ha quedado solo un fuego que devora a los amantes. Es como un hoguera sin aire que, poco a poco, terminará por extinguirse, dejando inútiles los leños. En otro pasaje Wojtyła usa como imagen el contraste entre la superficie de un río y las corrientes que surcan su hondura. La pareja, al separarse de la fuente del amor, ha olvidado la profundidad de su propia unión:

La diferencia entre lo que hay en la superficie y lo que está escondido en el amor origina precisamente el drama. Es éste uno de los mayores dramas de la existencia humana. La superficie del amor posee su propia corriente, una corriente rápida, centelleante, variable. Un caleidoscopio de olas y situaciones llenas de encanto. Esta corriente se vuelve a veces tan vertiginosa que arrastra con ella

a las personas, hombres y mujeres. Los que se dejan arrastrar, se imaginan haber captado todo el misterio del amor, cuando en realidad no lo han rozado siquiera. Por un momento son felices, porque creen haber alcanzado los límites de la existencia y haberle arrancado todos sus secretos.

b) Los esposos se alejan entre sí

Una vez que el hombre ha dejado de recibir de la fuente de donde mana el don, no puede ya entregarse a la otra persona según la verdad del amor. ¿Qué es lo que ha ocurrido? En primer lugar su cuerpo, por así decir, olvida el lenguaje del don y comienza a ser visto más como barrera que separa que como puente que une. La consecuencia: los sentimientos corporales ya no sirven para conocer por dentro a la otra persona, para compartir un mismo mundo con ella. Más bien tienden a distorsionar la percepción del amado, idealizándolo como si fuera un semi-dios o denigrándolo a la condición de objeto. Sin este conocimiento mutuo y confiado, el hombre y la mujer no llegan a la plenitud de su unión y se cierran la puerta del amor verdadero. Ambos siguen percibiendo la promesa que se encuentra en su deseo de amar, pero ya no saben cómo llevar a cumplimiento ese deseo a través de un amor genuino hacia la otra persona.

Wojtyla ilustra este aspecto en una escena de *El taller del orfebre* en que Ana se queja de la indiferencia de su marido, Esteban, ante la herida de su soledad. Él «no sabía cicatrizar la herida, / que me quemaba el alma. No la sentía, no le dolía en absoluto [...] ¿Cicatrizaría por sí sola? Pero si cicatriza por sí misma, nos seguirá separando siempre». Adán da eco al mismo lamento en la obra *Esplendor de paternidad*: «Es demasiado externo el vínculo que a mí te une, / demasiado débil el lazo interior [...] vives demasiado poco arraigada en mí, aunque estés tan cerca».

c) El eclipse del don de sí

Separados de la fuente del amor e incapaces de compartir un mundo común, la relación entre hombre y mujer sigue deteriorándose. La voz de la serpiente instila en sus oídos, poco a poco, la invitación a tratarse el uno al otro como objetos, como medios de satisfacción de sus deseos egoístas. La otra persona se hace ajena al propio ser, y va pareciéndose a las demás cosas del mundo, que pueden usarse para el propio disfrute. Adán no será ya capaz de descubrir con claridad cuán distinta es Eva del resto de la creación.

Estas tentaciones hacen surgir la vergüenza en la relación entre hombre y mujer. Se trata de algo que no estaba presente en los inicios de la creación. Hay que distinguir varios tipos de vergüenza. De momento nos interesa la siguiente: cuando el hombre se avergüenza de su propio sentimiento porque este le impulsa a tratar a la mujer como un objeto (y viceversa). Esta vergüenza tiene su lado positivo: actúa como protección contra los movimientos interiores que degradan la llamada al amor verdadero. Aun así, es un signo de la incapacidad del ser humano para poseerse a sí mismo. Su raíz hay que colocarla en la pérdida de la conciencia del don divino, en la incapacidad para aceptarse a sí mismo como alguien que procede de las manos del Creador. Una vez que el hombre deja de recibirse a sí mismo es incapaz a su vez de poseerse a sí mismo: la pérdida de la conciencia del don de Dios trae consigo la pérdida de su capacidad para obtener dominio de sí. Pero si uno no se posee a sí mismo, le es imposible entonces entregarse a su vez a aquellos a los que ama. De esta falta de armonía nace y crece esta primera forma de vergüenza en el corazón humano.

d) A la lógica del don se opone la del dominio

Juan Pablo II distingue esta vergüenza, propia de las inclinaciones desordenadas dentro de la persona, de una segunda clase de vergüenza. La primera es una vergüenza interior al ser humano, la segunda una vergüenza propia de la relación entre hombre y mujer. Esta última nace de un miedo ante la mirada del otro, que tiende a tratarnos como un objeto. Con la vergüenza tejemos un velo, una protección ante la mirada de aquellos que quieren usarnos para su disfrute. Ya no estamos ante una vergüenza debida a los propios sentimientos, sino ante los sentimientos posesivos del otro.

Esta segunda cara de la vergüenza defiende a la persona contra la lógica de dominio que el pecado introduce en el mundo, de acuerdo con el Génesis: «Tu apetencia» dice Dios a la mujer tras la caída, «irá hacia tu marido, y él te dominará» (Gén 3,16). Así es como Juan Pablo II comenta esta pasaje en su carta apostólica *Mulieris Dignitatem*:

El «conocimiento» bíblico se realiza según la verdad de la persona sólo cuando el don recíproco de sí mismo no es deformado por el deseo del hombre de convertirse en «dueño» de su esposa («él te dominará») o por el cerrarse de la mujer en sus propios instintos («hacia tu marido irá tu apetencia»: Gén 3,16).

¿Qué quiere decir Juan Pablo II? El pecado introduce un desorden en la forma de vivir la sexualidad; hombre y mujer experimentan este desorden en maneras diferentes, según su distinta forma de ser en el cuerpo. El hombre, por ejemplo, trata de dominar a la mujer, de valorarla solo según el placer sexual. Esta tentación acecha sobre todo en la sexualidad masculina, porque su constitución inclina más fácilmente a ignorar la conexión entre el deseo sexual y el valor de la persona. Para ilustrar este punto, podemos tomar un ejemplo: la conexión entre la sexualidad y la generación de la vida es externa a la experiencia del varón. Y lo es también, por tanto, el vínculo entre la sexualidad y el misterio de la persona asociado con cada nuevo nacimiento. Por el contrario la mujer, que siente en su cuerpo esta conexión entre sexualidad y vida, encuentra mucho más difícil separar la sexualidad del misterio de la persona. Si el hombre cede a esta tentación que le es propia, echa a perder el amor esponsal, suplantándolo con la lógica del maestro y del esclavo, y convierte el cuerpo «un “terreno” de apropiación de la otra persona».

Por otro lado, la mujer tiene que combatir una tentación que le es propia. El varón corre el peligro de separar la sensualidad del valor de la persona, convirtiéndola así en un absoluto. La mujer, por su parte, supera más fácilmente una reducción del otro a un objeto de placer, porque capta mejor el mundo de los afectos y del sentimiento, en que se descubre ya el valor único del amado. Pero a su vez la mujer se expone al riesgo de quedar atrapada en esta esfera, separando el mundo de las emociones de su referencia a la persona y a Dios. Por supuesto, esto no quiere decir que la afectividad sea dañina: gracias a ella se supera el peligro de medir la relación solo por el placer sexual. Pero si los sentimientos se hacen la medida de la relación entre hombre y mujer, entonces aprisionan a la persona en su propio egoísmo, el de medirlo todo de acuerdo con su afecto. Ana, un personaje de *El taller del orfebre* resume de este modo tal tentación: «¿No es la verdad simplemente aquello que sentimos con más fuerza?». Quien no supera este horizonte deja de lado la tarea de construir una casa sólida para el amor y se abandona a las mareas, altas y bajas, de la emoción. Estas, por su mismo carácter, no puede ofrecer un suelo firme en que el amor encuentre fundamento.

Hay más. Cuando sustituimos la lógica del don con la lógica del dominio, esto no afecta solo al hombre y la mujer por separado, sino que tiene consecuencias para su unión. No es solo que los dos se aprovechen el uno del otro, sino que también dejan que se les trate a ellos como objetos. El «placer» que da esta mutua manipulación es en realidad un calor superficial, que no llega a ocultar la amargura que acecha en lo profundo:

Si el hombre se relaciona con la mujer considerándola solamente como un objeto del que apropiarse y no como un don, al mismo tiempo se condena a sí mismo a convertirse también él, para ella, solamente en objeto de apropiación y no en don.

e) *El amor se hace excusa para justificarlo todo*

La tentación de reducir a la otra persona a una excusa para mi propio disfrute es común al hombre y la mujer, aunque cada sexo la experimenta en un modo distinto. Una consecuencia es que ambos pierden su verdadera libertad. En efecto, ya sea que identifiquemos el amor con el impulso sexual o con las emociones, el amor aparece como un absoluto que se nos impone, privándonos de la libre iniciativa. Los amantes encuentran así una excusa para justificar todas sus acciones: les ha movido la irresistible fuerza del amor. Y así el adúltero dirá que abandonó a su esposa forzado por el poder del amor. Y es paradójico que en nuestra sociedad, donde se tiende a exaltar la libertad sin límites del hombre, se reconozca enseguida la ausencia total de libertad ante las exigencias del instinto y del sentimiento.

El poeta italiano Dante ilustra con fuerza este abuso del amor en su *Divina Comedia*. Al viajar por el primer ciclo del infierno, el peregrino encuentra a Paolo y Francesca, una pareja de amantes adúlteros que han quedado unidos para siempre en el mismo abrazo que los perdió durante su vida. Los dos tratan de justificar su pecado refiriéndose a su incapacidad para resistir la poderosa atracción que les impulsó. En palabras de Francesca, «el amor, que al que es amado obliga a amar, / me infundió por este [Paolo] una pasión tan viva / que, como ves, aún no me ha abandonado». El castigo de Paolo y Francesca consiste en estar unidos para siempre y en ser llevados de aquí para allá sin poder hacer ellos nada, como las hojas de Otoño arrastradas por el viento del deseo.

Cuando nos domina el empuje y atracción de los impulsos, nuestro amor no es verdadero: somos esclavos del deseo. Nos mueven los vientos cambiantes de la pasión, que impiden edificar un amor estable o pronunciar una promesa de fidelidad. Una vez que las cuerdas de la música del sentimiento «comenzaron a callar» los amantes se entregan al capricho de continuas novedades. Esta ansiedad impide que el amor eche firmes raíces en nuestro corazón, como lo experimenta Ana en *El taller del orfebre*. Cansada de su marido Esteban, la mujer vaga sin rumbo fijo, llevada por «la nostalgia de un hombre [...] distinto, distinto». Ana es como una mujer enferma, agitada por una fiebre que no le deja reposo; su amor está en movimiento continuo, pero tal actividad no produce ningún fruto.

La grieta que pasa de padres a hijos

Esta grieta que atraviesa el corazón humano, la misma que divide a hombre y mujer, tiene que afectar también a los hijos nacidos de su amor. En *El taller del orfebre* es Ana, herida por el alejamiento de su marido, la que contempla a sus hijos con la dolorosa certeza de que, tarde o temprano, la herida pasará también a ellos:

Soy madre. En el cuartito de al lado cada noche se dormían nuestros hijos: Marcos, el mayor, Mónica y Juan. En la habitación de los niños reinaba el silencio –por el alma de nuestros hijos no había pasado aún la grieta de nuestro amor [entre ella y su marido], que yo sentía ya de modo tan doloroso.

Por desgracia, la grieta terminará por extenderse. Más adelante en la misma obra, la hija de Ana, Mónica, se lamenta de que la falta de amor de sus padres ha dejado en su alma una herida: la del miedo y la soledad.

Mis padres viven como dos extraños,
no existe entre ellos aquella unidad en la que todos soñamos
cuando se quiere aceptar la vida compartida,

cuando deseamos darla.

[...] ¿Puede el amor humano

perdurar a lo largo de toda la vida?

[...] Me invade también una cierta aprensión del futuro,

y es el miedo.

Estos monólogos de *El taller del orfebre* nos recuerdan que los hijos nacen del amor de los padres. Por eso, toda grieta en el amor paterno deja una marca en las almas de los hijos, afectando su actitud ante el amor y la vida.

Ni que decir tiene que el plan original de Dios era muy distinto. La intención del Creador, como sabemos, consistía en mostrarse visiblemente en el amor de los padres, de modo que el hijo pudiera percibir la paternidad divina a través de su propio padre y madre. Por desgracia, Adán y Eva rechazaron esta gran responsabilidad, la de manifestar en su amor el amor divino. Así, aunque los padres continúan transmitiendo la imagen de Dios a sus hijos después del primer pecado, esta imagen ha quedado nublada por un germen de soledad que se perpetúa de generación en generación:

¿Te acuerdas, Adán? Él te preguntó en el principio

«¿Dónde estás?»

Y tú contestaste: «Porque estaba desnudo; por eso me oculté».

[...]

¡Todos los que pueblan la pared central de la policromía sextina,

Llevan en sí la heredad de tu respuesta de entonces!

¡De esta pregunta y de esta respuesta!

Este es el final de vuestro camino.

Esto quiere decir que la paternidad humana ha sufrido una herida: ya no es capaz de comunicar en plenitud la paternidad de Dios. Los padres ya no transmiten totalmente a los hijos la conciencia de que la vida es un don magnífico del Creador. La grieta en el corazón del hombre ha completado su recorrido y pasa ahora a la siguiente generación. Adán «se convirtió en un solitario», que transmite a otros «el germen de la soledad». Al impedir la irradiación de la paternidad divina se produce una ausencia de la gracia y amor originarios del Creador en cada niño que viene a este mundo. Como dice Juan Pablo II, «la perspectiva de la procreación, en vez de ser iluminada por la herencia de la gracia originaria, [...] ha sido ofuscada por la herencia del pecado original». Surge así una pregunta angustiada: ¿Dónde podemos encontrar la luz que ilumine este escenario, tan oscuro, que acabamos de bosquejar?

Una llamada al corazón humano

Nuestro capítulo se ha centrado hasta ahora en lo negativo, es decir, en la herida en el corazón humano y la grieta múltiple que produce. Esta herida no es solo un tropiezo ocasional, o una debilidad que nos haga rendirnos a la fuerza de las pasiones. En la raíz de todas las divisiones que hieren el corazón del hombre acecha una enfermedad más profunda: el deseo del hombre por ocupar el centro del universo sin reconocer el don originario que recibimos de Dios, único verdadero centro. El hombre sufre por falta de humildad ante la verdad del amor; se niega a reconocer que nuestro amor mutuo sea un don que recibimos de la fuente primera:

No tratan de fundar su amor en el Amor, que sí posee la dimensión absoluta. Ni siquiera sospechan esa exigencia, porque les ciega no tanto la fuerza del sentimiento cuanto la falta de humildad. Es la falta de humildad ante lo que el amor debe ser en su verdadera esencia.

Este rechazo del don originario de Dios tiene como resultado, a su vez, el desorden que el apóstol Juan llama concupiscencia. La concupiscencia es un efecto del primer pecado que va pasando de generación en generación, debido a la falta de irradiación de la paternidad divina en la paternidad humana. Todos experimentamos una suerte de somnolencia, que cierra nuestra mirada ante el don que es nuestra propia vida, la vida de los otros y el mundo que nos rodea. Los ojos del hombre, hinchados de orgullo, no ven con claridad su camino. Pero, ¿puede la concupiscencia cubrir el entero horizonte? ¿Es su fuerza tan grande que nos hace incapaces de amar? ¿Debemos rendirnos ante ella y renunciar a nuestra vocación más originaria?

Juan Pablo II, con toda la tradición cristiana, responde a esta pregunta con un rotundo no. La experiencia negativa del pecado, enseña el Papa, no llega tan adentro como las experiencias llenas de luz que examinamos en la primera parte de nuestro libro. La soledad, la unidad y la desnudez, según la visión de Juan Pablo II, son más originales que el pecado original. La experiencia del amor y de la gracia es la única que es totalmente original, mientras que el mal entró en escena solo en un segundo momento, tratando de imitar al bien, sin destruirlo nunca totalmente. Lo vivido por Juan Pablo II, que sufrió los horrores del totalitarismo del siglo XX, nunca le hizo vacilar en este convencimiento profundo, en esta confianza en que el poder del bien es siempre más grande:

¿Por qué precisamente se dijo este día:

“Y vio Dios todo lo que había hecho; y he aquí era muy bueno”?

¿No lo niegan los hechos?

¡Por ejemplo, el siglo veinte!

¡Y no sólo el veinte!

No obstante, ningún siglo puede ocultar la verdad
de la imagen y semejanza.

El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y esta verdad no puede ser totalmente eliminada. El mal es en realidad un parásito, que nunca podría existir si la bondad no le precediera; la bondad, por su parte, no tiene necesidad del mal para ser comprendida. Del mismo modo, nunca podríamos reconocer nuestra caída si no tuviéramos al menos una intuición del camino de salvación que nos lleva a la meta. Incluso los pasos de Ana en *El taller del orfebre* –una mujer en busca de amores fáciles, al borde de caer en la infidelidad– están llenos de ansiedad por alguien que debe venir: el Esposo. Y, como Adán nos relata en la misma obra, Ana encontrará finalmente a este Esposo, y esto marcará un nuevo inicio en su amor:

Volví a ver a Ana aquella tarde. Después de tantos años aún seguía vivo en ella el encuentro con el Esposo. Ana ha entrado en el camino del amor que perfecciona. Había que perfeccionar dando y recibiendo en proporción diferente a la de antes. La crisis tuvo lugar aquel anochecer, hace ya tantos años. Entonces todo amenazaba destrucción. Sólo podía comenzar el nuevo amor a raíz del encuentro con el Esposo.

Sí, ha venido el Esposo. Y no para condenar el corazón del hombre, sino para renovar la llamada original del amor y para inaugurar una respuesta. De hecho, el mismo Esposo ha respondido a la llamada, dándonos esperanza de que seremos también nosotros capaces de imitarle. A esta esperanza queremos volver en el siguiente capítulo.